

El enigma del sexo. Una aproximación desde *Lolita* de Nabokov

*Leticia Flores Flores**

Resumen

En este trabajo se hace una reflexión en torno a las formas en que se manifiesta la sexualidad y las vicisitudes en el orden del deseo, mediante una revisión de lo que está implicado en la estructura perversa y en especial en el fenómeno de la pedofilia. Por medio de la novela *Lolita*, de Vladimir Nabokov, se analiza el drama del sujeto que siente atracción por las niñas que todavía no alcanzan la adolescencia.

Palabras clave: Sexualidad, pedofilia, deseo, perversión, neurosis.

Abstract

In this work, a reflection is made about the ways in which sexuality and vicissitudes manifest themselves in the order of desire, through a review of what is involved in the perverse structure and especially in the phenomenon of pedophilia. Through the novel *Lolita* by Vladimir Nabokov, the drama of the subject who is attracted towards girls who still do not reach adolescence is analyzed.

Keywords: Sexuality, pedophilia, desire, perversion, neurosis.

* Profesora-investigadora en el Departamento de Educación y Comunicación. Correo electrónico: [lfloresf@gmail.com].

El comportamiento de los seres humanos respecto a la sexualidad, aún en pleno siglo XXI, es paradójico. A pesar de los grandes avances que hemos atestiguado en el ámbito científico y tecnológico en las últimas décadas, en lo que toca a la sexualidad, conservamos ideas y conductas que provienen de siglos atrás. En la actualidad el debate sobre la sexualidad en relación con la diferencia sexual, el amor, el placer, así como las costumbres, las leyes y prohibiciones, muestra claramente que prevalecen el desacuerdo y la discordia; las posiciones conservadoras frente a los más liberales, dejando abierto el enigma que el sexo representa para el conjunto social.

La sexualidad no es una noción unívoca ni podemos dar por entendidos los contenidos que abarca. Alrededor de este término se agrupan cuestiones diversas como la genitalidad, el deseo, ciertos eventos o conductas, el placer o el dolor que ella misma implica, así como mirar, tocar, oler, fantasear o imaginar. Suele recaer sobre la sexualidad un velo de pudor, de recato, si no de vergüenza o de franco rechazo; es una cuestión escabrosa, hace ruborizar, incomoda, apena. Sobre ella se articula un sistema de reglas y prohibiciones a veces ambiguas o cuya lógica es difícil elucidar.

Muchos son los asuntos humanos sobre los que recaen sanciones morales, restricciones y leyes. La violencia, la agresividad, la convivencia, la vida institucional toda. Pero sucede que la sexualidad descubre una forma particular de vincularse con la prohibición. Los valores morales que las sociedades defienden y promueven suelen ser antagónicos a los intereses que se desprenden de la sexualidad. Cualquier experiencia de placer asociada a ella forma parte de una moralidad irracional que las instituciones que nos definen son incapaces de explicar.

Freud abordó este problema en diversos ensayos; por ejemplo, en “La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna” (1908) o en las “Conferencias de introducción al psicoanálisis” (1916-1917), en donde expone la dificultad que implica el estudio de la sexualidad, debido a los prejuicios y miedos que la rodean. ¿Cómo es posible estudiar la sexualidad si de entrada el mismo investigador excluye aspectos que forman parte de ella porque parecen incomodarle? De-

cía Freud, con ironía, que solemos ser selectivos; adherimos a ella sin recato aspectos como el embarazo, el parto o el nacimiento pues se consideran sublimes, pero excluimos los que pueden resultar chocantes, como las perversiones. En este trabajo me propongo explorar el tema desde esta polémica perspectiva.

Michel Foucault, en *Historia de la sexualidad* (1987), plantea una reflexión sobre las razones del recato que provoca la sexualidad en la sociedad actual y señala, en contraste, la poca inhibición que producen las imágenes de guerra, de violencia o de crueldad, que aparecen en los medios de comunicación sin censura alguna. Más aún, estas imágenes son exhibidas hoy en día en las redes sociales sin preocupar que sus usuarios todavía no tengan mayoría de edad, mientras que la más leve muestra de erotismo o exposición de conductas abiertamente sexuales es objeto de repudio, tanto individual como social.

¿Qué tiene la sexualidad que provoca este rechazo? A los niños los cubre, según los adultos, el velo de la pureza y de la inocencia; su misma condición infantil los excluye de cualquier aspecto de la vida sexual, que es reservada exclusivamente a los mayores. Frente a la sexualidad, el adulto procura “evitar” que el niño se aproxime a cualquiera de sus manifestaciones y aplaza su acercamiento hasta llegada la adolescencia al menos, teme que su inocencia se pierda y desea también prolongar el estado de “pureza” del alma infantil. La sexualidad sería una experiencia que expulsa del *paraíso* a los niños;¹ conforme su edad avanza, los padres se permiten, muy cautelosamente, introducir al hijo a la realidad de la vida sexual. Se les prepara, se les educa incluso en este tema. Si no son los padres quienes se encargan de ello serán los educadores o expertos: pedagogos, sexólogos, psicólogos, se dan a la tarea de introducir a los niños en el tema. Se preparan guías, se dan talleres, cursos, se les entrena para ingresar a un mundo rodeado de un cuidado incomparablemente mayor que el dedicado a otras esferas de la vida so-

¹ Más adelante veremos las razones por las cuales los adultos solemos utilizar la metáfora del paraíso para referirnos al estado infantil previo a la vida adulta.

cial. Paradójicamente, el adulto disfruta haciendo al niño pequeño portador de rasgos sexuales del adulto. Se le hipersexualiza. Algunas campañas publicitarias utilizan este enfoque para obtener beneficios económicos, ya sea para atraer a los consumidores para que conozcan su producto, o para buscar un nuevo mercado de consumo, lo cual no resta valor al interés mismo del adulto en añadir rasgos sexuales o eróticos en el niño. Además habría que considerar que en este fenómeno contribuye la nueva forma de vinculación que niños y jóvenes establecen en las redes sociales, mediante la cual buscan exhibir —o mirar— el cuerpo y sus atributos sexuales; sin embargo, nos interesa aquí principalmente la conducta permisiva, incluso promotora, del adulto hacia la hipersexualización de la infancia. Esta extraña conducta del adulto hacia el niño se debe a factores sociales, económicos, entre otros, aunque también se juegan aspectos subjetivos. El interés del adulto por sexualizar al niño pone en juego la cuestión del saber inconsciente sobre el sexo. Otorgar caracteres sexuales a quien supuestamente carece de ellos e ignora todo al respecto, permite obtener una ganancia de placer dado que el adulto, a diferencia del niño, se coloca como alguien que —ilusionariamente— tiene un saber y un dominio sobre el sexo, como lo veremos con más detalle al abordar la novela *Lolita*, de Nabokov.

En la actualidad, el uso de las nuevas tecnologías permite que todo tipo de información circule con mayor libertad; no obstante, aún permanece el ojo vigilante de las manifestaciones sexuales excesivas. Hoy en día censurar un libro o una película que pueda parecer escandaloso por su alto contenido sexual podría resultar más difícil. Sin embargo, pervive el censor moral que hace sentir pudor en el fondo de las conciencias hacia las muestras que exceden ciertos límites morales en esta materia. Paradójicamente, en el arte las exposiciones que presentan cuerpos descarnados, cadáveres o cuerpos momificados atraen la atención de las multitudes y terminan siendo un éxito de audiencia. Exhiben el cuerpo en su estado más realista, despojado de todo velo, mostrando incluso más allá de su desnudez. Ese fue el caso hace unos años de una exposición en Europa: “Körperwelten, la fascinación de lo auténtico”, que sólo en Alemania aco-

gió 7.5 millones de visitantes durante el año que duró la exposición.² Charles Melman comenta al respecto que:

pertenecíamos a una cultura fundada en la *representación*, es decir, en una evocación, la evocación del lugar donde tenía la instancia sexual susceptible de autorizar los intercambios. Pasamos de la representación, que nos es familiar, sobre la que se basa la relación entre los sexos, para preferir su *presentación*” (Melman, 2002:24).

En este sentido, la dimensión simbólica que resulta crucial en el intercambio social queda suspendida en favor de una experiencia más del orden de lo Real, sin intermediación, sin posibilidad de una elaboración subjetiva.

Oscar Masotta nos recuerda la tesis freudiana que también resultó muy provocadora: la relación directa del sufrimiento psíquico con la sexualidad (Masotta, 1996:21); lo cual significa pensar que nuestro vínculo con la sexualidad implica algo mucho más complejo que portar un sexo con determinadas funciones biológicas determinadas. Si atendemos esta idea inicial de que el sufrimiento psíquico —es decir, las neurosis, la histeria, la obsesión, las fobias— está ligado con la sexualidad, entonces el sexo contiene algo que va más allá de lo que los sexólogos enseñan. Si no fuera así, bastaría conocer bien las funciones anatómicas para que el encuentro con el otro sucediera sin contrariedades. Sabemos que no es así. Lo que enseña el psicoanálisis es que el sexo tiene algo de enigmático. Dice Masotta: “Cuando se reprime es porque no se quiere saber nada de algo que exige ser reconocido. Ahora bien, lo que aquí exige ser reconocido es que no hay Saber... unido al sexo” (1996:22). Los aspectos paradójicos, mencionados arriba, revelan el carácter enigmático que el sexo encierra. Ese no-saber se relaciona con la concepción popular que afirma que la sexualidad no existe en la vida infantil, así como con la

² La exposición es obra del doctor Gunther von Hagens, quien inventó un proceso llamado plastinación, la cual permite conservar los tejidos y órganos de los cadáveres. Gracias a este proceso, el observador puede apreciar modelos anatómicos reales en diferentes posiciones y actividades.

ilusión de que el objeto de satisfacción sexual está predeterminado y, en ese sentido, el ser humano tiene resueltas las vías para encontrarlo y obtener así la satisfacción anhelada. Al decir objeto, nos referimos, en este caso, a la persona que orientaría la tendencia sexual. El saber popular —saber que coincide con el saber médico y con la moral— afirma que los seres humanos tenemos predestinado no sólo el objeto de la satisfacción, de acuerdo con el sexo con el que nacemos, sino también el fin o la meta de la sexualidad. El objeto sería la persona del sexo opuesto y la meta, el acto sexual. Freud va a rebatir este supuesto, afirmando, por un lado, que el objeto es variable, es lo más lábil de la pulsión sexual, y, por otro, que el fin no sólo es el acto sexual, sino que pueden ser muchos más. La amplia gama de parafilias son la prueba de ello. Por eso, Masotta insiste a lo largo de su texto en esa idea central: *no hay saber unido al sexo*.

Entre la censura y el rechazo

A lo largo de la historia, ha sido una constante censurar conductas consideradas inmorales, es decir, cualquier manifestación social o cultural que transgreda la moral establecida. Son muchas las obras literarias que al mostrar aspectos de la sexualidad inaceptables o no tolerados han escandalizado la “buena moral” de sus contemporáneos o la de sociedades “más civilizadas o avanzadas”. *El Banquete* de Platón fue una de ellas; ahí se exhibía el amor que Alcibíades le profesaba a Sócrates. Baste decir que fue hasta finales del siglo XIX cuando apareció por primera vez la traducción completa al español de la obra (González, 2007).

En el siglo XVIII, la obra del marqués de Sade ganó el repudio y la censura oficial; incluso fue encarcelado debido a lo obsceno de sus escritos. En el siglo XX novelas como *El amante de Chatterlay*, de D. H. Lawrence; *Trópico de cáncer*, de H. Miller; *La Colmena*, de C. J. Cela; *Lolita*, de V. Nabokov, tuvieron por las mismas razones dificultades para ser publicadas.

En el ámbito académico, cuando Sigmund Freud publicó *Tres ensayos para una teoría sexual* en 1905, la tesis que ahí exponía fue rechazada mucho tiempo. La tesis de que los niños experimentan una sexualidad a pesar de no haber alcanzado la madurez genital resultó tan escandalosa que durante muchos años se ganó el desprecio tanto de colegas como del medio social. A pesar de estar convencido —y demostrar— que los niños eran unos “perversos polimorfos” por experimentar placer en diferentes zonas del cuerpo a lo largo de su desarrollo; que sobre las necesidades biológicas o anatómicas se asienta una vida pulsional basada en el principio del placer y, además, que los deseos inconscientes sobre los que recaen la represión y el olvido orientan las acciones humanas desde pequeños, la comunidad científica de la época le negó un reconocimiento y lo mantuvo alejado del medio intelectual. A más de cien años de aquella publicación, podemos constatar que se han producido mutaciones, pero en el fondo sigue prevaleciendo una enigmática dificultad para vincularnos con nosotros mismos y con los otros en relación con la sexualidad.

Melman (2002) analiza este fenómeno a la luz de los actuales cambios sociales, culturales y tecnológicos; propone pensar estas mutaciones en términos de una nueva economía psíquica que se refleja en una manera de pensar y de actuar novedosa, donde la represión como estrategia frente a las exigencias que la cultura planteaba a los seres humanos ya no rige como sucedía hacía unas décadas. Más bien, afirma Melman, la represión cede paso a otra estrategia: la exhibición del goce, lo cual implica “deberes radicalmente nuevos, imposibilidades, dificultades y sufrimientos distintos” (2002:19), y agrega: “El sexo se percibe ahora como una necesidad, como el hambre y la sed, ahora que los límites y la distancia propia a lo sagrado que lo albergaba, se ha retirado” (2002:24). Ubicar al sexo en el mismo plano de la necesidad es, al mismo tiempo, excluir de la dimensión subjetiva el orden del deseo y de la prohibición simbólica que le es consustancial.

Uno de los descubrimientos capitales de Freud fue haber mostrado que la relación del hombre con el mundo está marcada por la falta de objeto, no por su existencia. Por eso el ser humano, al experimen-

tar la pérdida como constitutiva de la vida, se enfrenta a la tarea de reconocer que el mundo en el que vive es un mundo simbólico, un mundo hecho no de cosas, sino de representación, de significación, de sentido. Por ello, esta tarea no siempre culmina de manera exitosa; está llena de vicisitudes y de tropiezos.

De acuerdo con Melman (2002), para muchos, el lugar de lo sagrado, de la autoridad —lo que los analistas llamamos la instancia fálica o bien, función paterna— se encuentra vacío, borrado. De nuevo nos encontramos con una deficiencia del orden simbólico que nos organiza y ordena. Nos pone límites y señala a cada quien lo que está permitido y lo que está prohibido. Parecería que la división subjetiva que resulta de la determinación inconsciente se quisiera borrar. Nos empeñamos en creer que la razón y la voluntad son aspectos gracias a los cuales podemos alcanzar nuestras metas. Nos colocamos en ese sentido en el dominio donde queremos creer que todo es posible, donde pensamos que el deseo sexual puede orientarse y educarse, pero también satisfacerse sin limitaciones ni dificultades.

La sexualidad por la vía de la perversión

Podría parecer problemático o incluso inútil hacer una reflexión en torno a la sexualidad abordándola por una vía tan polémica y plagada de prejuicios como es el tema de la perversión. Sin embargo, creemos que puede ser un camino que confronta los enigmas que la sexualidad plantea; permite iluminar las misteriosas formas en que el deseo se manifiesta, de los caminos de la pulsión y las vicisitudes para su expresión. De la sexualidad se habla mucho, pero se analiza poco. ¿Por qué la rodea un halo de vergüenza?, ¿por qué se le censura?, ¿qué se juega en el orden del deseo y del fantasma de todo sujeto? A diferencia del enfoque psiquiátrico que observa las manifestaciones, las describe y las clasifica, nos interesa interrogar más al sujeto del acto que al acto mismo. Nos distanciamos también de la mirada que reduce la perversión a una reprobación moral o social, nos apoyamos en estudios que permiten aproximarse a los significados, al sentido

que recubre al sujeto que llamamos perverso y, por esa vía, al sujeto a secas. Entendemos que, en cualquier caso, la condición que define a todos los seres humanos por igual, llámese neurótico o perverso, es no querer saber nada en torno a lo que en el psicoanálisis se conoce como *castración*, término incomprendido y desgastado durante mucho tiempo, cuando todavía no se le entendía desde su dimensión simbólica o imaginaria. En el caso del *perverso*, la estrategia de Freud para no saber de la Falta es aclarada en su estudio sobre *El Fetichismo* (1927), ahí explica que el sujeto “opta”, frente a la dolorosa realidad de la castración, de la pérdida, por la *desmentida*, mediante la cual se acepta y al mismo tiempo se niega la realidad de la diferencia sexual. Se trata —advierte el psicoanalista— de la castración de la madre y no de ninguna otra. ¿Qué significa esto? Admite —y no— que esta figura primordial no está en falta, que posee ese objeto de deseo que es, por naturaleza, huidiza, siempre variable. Si ella está completa, entonces es más fácil sostener que él mismo puede acceder a la satisfacción total de su deseo. No se encuentra condenado a la falta. Es posible recubrirla.

Podemos abordar a la perversión, sin embargo, por alguna de sus manifestaciones; Freud habla de ella mediante el fetichismo. Serge André (1999), por su parte, recurre a la pedofilia, que literalmente quiere decir amor-atracción por los niños. Esta vía puede ser interesante, aunque no deja de tener ciertas complicaciones. ¿El acto que comete Giles de Rais —aquel famoso torturador de niños en el siglo xv— se encuentra en el mismo plano que Lewis Carrol, autor de *Alicia en el país de las maravillas* y el amor que profesaba a su pequeña amiga Alice Liddell? Aparentemente no, aunque estrictamente hablando, ambos pueden ser considerados pedófilos.

Serge André hace una útil advertencia al respecto: no hay que confundir el registro del crimen sexual con el de la atracción sexual. (1999:3). Diferencia que suele omitirse no sólo en el medio académico o científico, sino también en el jurídico. Es fundamental distinguir entre el sujeto que ama a un niño, incluso si llegara a tener relaciones sexuales con él o ella, del sujeto que usa a los niños para torturarlos, secuestrarlos, venderlos, comercializar o elaborar con

ellos material pornográfico, en este último caso los menores son sólo fuente de goce sádico, el niño sólo tiene valor por el uso que se hace de él y el beneficio —mercantil, por ejemplo— que se obtiene. No se trata evidentemente de juzgar si las acciones del primero son aceptables o no, sino establecer una diferencia subjetiva que resulta fundamental a la hora de escuchar o de castigar judicialmente a uno u otro.

Si hay dificultad para comprender la perversión es porque estructuralmente estamos implicados en ella. Freud decía que en realidad lo perverso es la pulsión, por la labilidad del objeto de satisfacción y por su carácter parcial, ya que la satisfacción la encuentra por múltiples vías. Recordemos que la pulsión carece del objeto que la colme en virtud de que se puede satisfacer de formas diversas, es decir, por ese carácter metonímico de todo deseo. Baste recordar el caso del sadismo, constitutivo de la pulsión, como una de las formas de satisfacción pulsional, al introyectar al objeto, es decir, destruyéndolo. Al respecto, Serge André hace una interesante reflexión sobre el sadismo constitutivo del ser:

¿Hemos olvidado acaso esos famosos cuentos que colorearon nuestra infancia y que transmitimos con placer a nuestros propios hijos? ¿Hemos olvidado que el personaje que simboliza la fiesta de los niños en la cultura cristiana, San Nicolás, está ligado a una historia de niños enviados a la carnicería? ¿Hemos olvidado que en 1919 —hace por lo tanto ochenta años—, Freud establecía que el fantasma “pegan a un niño” es uno de los fantasmas más extendidos, tanto en los neuróticos como en los perversos? ¿No sabemos acaso que todo padre, todo educador, todo profesor experimenta, en un momento u otro, y a veces de una manera lancinante, las ganas feroces de castigar cruelmente a los niños que tiene a su cargo, y que a veces ocurre, incluso a los mejores, que no siempre pueden reprimirse? Respecto a nuestros “queridos niños”, ¿no les hemos visto acaso a los dos o tres años de edad hacer pedazos sus muñecos dando muestras de un intenso regocijo?

Sí, tenemos que reconocerlo, sí, hemos olvidado todo eso. O más bien, lo hemos reprimido: no queremos saber nada (André, 1999:4-5).

No queremos saber nada sobre ese sadismo constitutivo del ser humano como tampoco queremos saber que el encuentro de la pulsión con el objeto que la colme es siempre fallido. Mientras que para el neurótico la presencia de un objeto está siempre sobre un fondo de ausencia, de una experiencia de pérdida irremediable, en la estructura perversa lo que prevalece es lo que Freud llamó *desmentida*. Hemos dicho ya que el sujeto perverso, lo que hace con la falta es desmentirla o, mejor dicho, mantener la creencia de que el objeto está ahí, que puede encontrarse con él, aunque también sabe que eso no es posible. Octave Mannoni acuñó una expresión que se ha vuelto célebre para describir ese proceso: “ya lo sé, pero aun así”. En este sentido, cabe preguntarse si en la actualidad, en general, en la sociedad prevalece esta estrategia que podríamos llamar “perversa”. En un mundo donde para el sujeto la dimensión espacial y temporal desaparece por efectos de los medios de comunicación, donde la espera, la distancia, parecen ya no ser un obstáculo para el encuentro con el otro, donde todo parece posible, desmentir la falta se vuelve quizá más fácil. Prevalece la creencia de que se puede obtener el placer de forma inmediata. Lipovetsky, filósofo que analiza el fenómeno llamado posmoderno, así lo sostiene:

los nuevos consumos ligados a las tecnologías de la comunicación y de la información, el incremento de las religiones a la carta y emocionales, la desinstitucionalización de la familia y, por supuesto, el culto a la salud y la forma física, la búsqueda de belleza a cualquier precio, la negativa a envejecer, el hiperconsumo de medicamentos y de psicótropos, la escalada de las dietas y de la alimentación sana (Lipovetsky, 2003:27).

El caso *Lolita*

El tema del amor y la atracción de adultos hacia niños es algo muy difundido en las sociedades, tanto antiguas como modernas. En *Territorio Lolita* (2017), Clavel documenta ampliamente la aparición del

tema en la literatura, la fotografía, la pintura y el cine. Pablo Santiago hace lo mismo en un libro titulado *Alicia en el lado oscuro. La pedofilia desde la antigua Grecia hasta la era de internet* (2004). Se trata de dos obras en las cuales encontramos microhistorias de personajes célebres que profesaron un amor o atracción hacia los pequeños. Quizás uno de los más populares fue Lewis Carrol, conocido por haberse sentido atraído por la pequeña Alice Liddell y también por su peculiar “afición” a fotografiar niñas en su estado natural. De acuerdo con Clavel, para Carrol “era el medio para preservar en el tiempo la inocencia de las niñas, para fijar su belleza fugaz” (Clavel, 2017:62). André Gide, Balthus, Edgar Allan Poe, Henry de Montherlant, Roland Barthes se cuentan entre los muchos que profesaron interés o pasión por las menores. El tema también aparece en la literatura de ficción, entre los textos más conocidos están: *Muerte en Venecia*, de Thomas Mann, y *Lolita*, de Vladimir Nabokov. En este trabajo me ocuparé sólo de este último, donde el protagonista narra con profundidad y minucia los sentimientos y la pasión exaltada que profesó por una niña.

El nombre de *Lolita* se ha vuelto un nombre genérico que alude a niñas que son objeto de interés sexual para hombres mucho mayores que ellas. *Lolita*, la obra más famosa de Vladimir Nabokov sigue levantando polémica a más de sesenta años de su publicación. En aquella época Nabokov, que para entonces vivía ya en Estados Unidos, buscó infructuosamente editores que le publicaran su novela; fue rechazada por cuatro editoriales hasta que logró, en 1955, que un pequeño sello editorial parisino que editaba obras eróticas aceptara publicarla. Al llegar a las librerías causó gran escándalo por tratar un tema tabú: el amor y el deseo de un adulto hacia una niña. En 1962, Stanley Kubrick la hizo popular al llevar la historia al cine, con guion del propio Nabokov. Ahora el nombre de Lolita por sí mismo se ha vuelto sinónimo de una chica preadolescente seductora y precoz. Sin embargo, el mismo Nabokov advirtió que esa imagen que se había creado en el imaginario popular no tenía que ver con lo que había escrito y que seguramente quienes promovían esa mirada no habían leído la novela. Una cuestión que sigue despertando polémica es que si bien esta obra puede considerarse una pieza maestra de

la literatura, escrita con maestría y gran belleza estilística, el tema que toca puede parecer obsceno e incluso repugnante. Por eso algunos se preguntan qué pasaría si la novela fuera publicada en la época actual. Hoy en día la novela sigue despertando tonos de franco rechazo como también de profunda admiración hacia la obra.³ La obra de Nabokov, dice el filósofo Manuel Cruz, “muestra que la apariencia de libertad y de tolerancia sexual y amorosa en la que vivimos, no viene a ser otra cosa, a fin de cuentas, que la sustitución de los viejos tabúes visibles, por otros nuevos invisibles por representar la obviedad emergente”. (Manrique, 2015). En la novela encontramos, además de la historia polémica que narra su protagonista, Humbert Humbert, otros planos paralelos: los de las vicisitudes del deseo, las formas misteriosas como se manifiesta, pero también la gran dificultad que la sociedad muestra frente al enigma que encierra el universo de la sexualidad. “La gran virtud del libro es haber puesto en evidencia, más allá de los recovecos del deseo, el modo obscuro e invisible en que nuestra sociedad responde a él” (Manrique, 2015)

Lolita es una obra provocativa para una sociedad que se comporta de manera ambigua e hipócrita frente a los valores morales que dice defender, una sociedad donde se enaltece el consumo, la vida líquida, el *american way of life* que el autor se afana en mostrar, así como la indiferencia de la sociedad a lo que sucede en su entorno. Estas temáticas Nabokov las desarrolla con asombrosa profundidad, aunque el autor en la misma obra haga comentarios irónicos sobre lo que los “timadores psicoanalistas” que con su “jerigonza pendiente y los símbolos estandarizados” (Nabokov, 2016:351), podrían opinar de este “perverso personaje”. En la novela, lo que prevalece por encima de todo, es la maestría en el manejo del lenguaje como protagonista principal.

Es Humbert Humbert, hombre maduro, quien describe, con un tono de ironía que encubre la dimensión trágica de su condición

³ Véase, por ejemplo, el artículo “¿Qué hacemos con Lolita?”, publicado el 21 de enero de 2017 en el diario *El País*, donde Laura Freixas afirma que la novela “está escrita de tal modo que consigue hacernos olvidar que está mal violar niñas.”

subjetiva, la historia de su amor por una niña de doce años: “Lolita, luz de mi vida, fuego de mis entrañas. Pecado mío, alma mía. Lo-li-ta: la punta de la lengua emprende un viaje de tres pasos paladar abajo hasta apoyarse, en el tercero, en el borde de los dientes. Lo. Li. Ta.” (Nabokov, 2016:15).

En realidad, el protagonista inicia exponiendo quién es él y las razones que pueden estar tras su atracción por quien llama *nínfulas*: se trata de niñas entre los 9 y los 14 años que poseen una naturaleza no humana, sino demoníaca. Dice Humbert:

Hacia todo lo posible por ser bueno. Lo hacía sincera y honradamente. Tenía el más profundo respeto por los niños, por su pureza y vulnerabilidad, y por ninguna circunstancia habría corrompido la inocencia de una criatura de haber el menor riesgo de ser descubierto. Pero cómo latía su corazón cuando vislumbraba en medio del inocente rebaño a una niña demoníaca, “*enfant charmant et fourbe*” [...] Humbert era perfectamente capaz de tener relaciones sexuales con Eva, pero suspiraba por Lilith (Nabokov, 2016:28).

Eva y Lilith, figuras míticas que encarnan, la primera el sometimiento a la ley; la otra, el mal ligado al erotismo femenino, demonio rebelde y lujurioso. Estas niñas-nínfulas no son necesariamente bellas, incluso pueden ser vulgares, pero siempre rodeadas de un poder y un misterio, una “gracia etérea, un evasivo, cambiante, anodante, insidioso encanto que las distingue de sus contemporáneas” (Nabokov, 2016:24). Pertenecen, dice el protagonista, a “esa isla intangible de tiempo hechizado”, desde el inicio Humbert insiste en que su amor por este “pequeño demonio mortífero” tiene una precursora en su remoto pasado: un amor en su propia infancia: Annabel. La condición particular de Humbert tuvo su origen en la herida irreparable que dejó este amor prematuro frustrado primero por los adultos vigilantes, más tarde por la muerte que sorprendió a Annabel pocos años después de conocerse.

Humbert, este “nínfulómano”, experimenta el amor por Lolita como una condena, como su destino inexorable: “Hay que ser artista

y loco, un ser infinitamente melancólico, con una gota de ardiente veneno en las entrañas y una llama de suprema voluptuosidad siempre encendida” (Nabokov, 2016:25). Él mismo se consideraba un “peregrino solitario”, consciente de lo transgresivo de su deseo pero, al mismo tiempo, capaz de penetrar en su secreto y descubrir “entre el rebaño” el encanto que cubre a estas niñas. El ojo percibe algo más allá de la realidad. Quizás se trata de un encuentro con algo del orden de lo Real, *el paraíso* del que los adultos no quieren expulsar a sus retoños, algo más allá de los caracteres sexuales que aún no se muestran o desarrollan, esas niñas-nínfulas exhiben algo que las convierte en “diosas hechiceras”, capaces de evocar un estado de perfección, de completud muy singular.

Durante mucho tiempo Humbert llevó una vida doble, incluso llegó a casarse con una mujer de su edad aunque en secreto se consumía por la atracción que nunca dejó de sentir por estas nínfulas, “hermanas de Annabel” que encontró a lo largo de los años, a las que, antes de Lolita, nunca se atrevió a acercarse, por ser “un pusilánime respetuoso de la ley” (Nabokov, 2016:26). Las cosas cambiaron cuando conoció a Lolita. Su destino quedó marcado por este encuentro. Nuestro protagonista confiesa que su mundo estaba escindido. No percibía en las mujeres un sexo sino dos. Femeninos ambos, pero tan diferentes como el día y la noche. Unas lo dejaban indiferente mientras las otras lo estremecían de pasión.

Podría discutirse si Humbert era un perverso por haber finalmente tomado a Lolita como compañera y amante. Sin embargo, quisiera insistir en que se trata del drama de un hombre maduro atrapado en las redes de un deseo prohibido. Él lucha de alguna manera por escapar de ahí, pero al encontrar a Lolita, cede a su deseo, lo cual lo arrastra de una manera trágica hacia su condena, no sólo porque la novela es el testimonio que este hombre escribe desde la cárcel, sino porque nunca podrá poseer a ese objeto que es inalcanzable, inaprehensible. Parte de su desgracia, aun cuando había conseguido tener a Lolita para sí, era que algún día dejaría de ser su nínfula adorable: “que nunca crezcan” imploraba Humbert en su drama (Nabokov, 2016:29). Así, a pesar de que estamos

frente a un hombre que se siente afortunado por haber enviudado, luego de que la madre de Lolita fuera atropellada al salir espavorida de su casa cuando descubre las verdaderas intenciones de su marido, y de que después de este hecho no duda en seducir a Lolita; es decir, de un hombre que parecía conseguir el objeto de su deseo, también constatamos a alguien consciente de lo imposible de la realización de éste.

En un interesante estudio sobre el origen mítico de las ninfas, Roberto Calasso (2004) explica el lugar que éstas ocupan en el pensamiento antiguo. La nínfula, *ninphete* en el texto inglés original, viene del término *nínfa*, figura que pertenece a la mitología griega. Las ninfas, en el mundo griego, son portadoras de un saber. *Nymphóleptos* corresponde al término griego que significa: tomado, capturado, raptado, poseído por las ninfas. La posesión que proviene de las ninfas tiene un carácter específico. De acuerdo con Aristóteles, a propósito de los cinco tipos de felicidad que él distingue, hay dos que se aproximan al rapto de las ninfas: ebriedad por inspiración de un ser divino y fortuna; ambos tienen un carácter abrupto. La ninfa (lo divino o la fortuna) “es una potencia que produce delirio, actúa repentinamente, captura y transforma a su presa” (Calasso, 2004:265). Posesión es ante todo el reconocimiento de que nuestra vida mental está habitada por potencias que la dominan y huyen a cualquier control, nos relacionamos con ellas en cada instante y tienen el poder de transformarnos.

Los griegos, sin ignorar la connotación negativa de la posesión (algo turbio, extremo, exótico), veían en estas figuras mitológicas una fuente primaria de conocimiento, un saber que, siguiendo el Fedro de Platón, no puede presentarse más que en términos eróticos. Recordamos la insistencia de Masotta sobre el drama que implica la falta de saber sobre el sexo y las vías dramáticas que el ser humano puede tomar con el afán de encontrarse o fusionarse con el otro bajo la ilusión de completar ese saber.

De acuerdo con el estudio de R. Calasso (2004) sobre el origen y sentido de las ninfas, *Lolita* es una obra que logra transmitir el drama de las potencias que dominan al ser humano y frente a las

cuales nada puede hacer. La historia de Humbert puede carecer de justificación, pero en ella vemos cómo se expone la fuerza, esa tensión pasional que lo condenó a una condición de solitaria y terrible necesidad de poseer a esa niña a pesar de tener que llevar una vida marginal y trasgresora.

Cuando Lolita es “rescatada” por Clare Quilty, Humbert se desploma y en él se inicia una especie de derrumbe moral, que llegará a su punto culminante cuando, tras recibir una carta de Lolita pidiéndole dinero, emprende una búsqueda que termina en el encuentro de nuevo con Lolita y en tomar venganza de muerte de aquel que lo separó de la chica años atrás. A pesar de saber que ha perdido para siempre a su nínfula adorada, Humbert ruega a Lolita que vuelva con él. Lolita ha hecho una nueva vida; ello no es razón para mantener la esperanza de recuperarla. La vida de Humbert deja de tener sentido a tal grado que las consecuencias del asesinato que comete no parecen importarle.

Algunos apuntes sobre la pedofilia

La pedofilia, como hemos dicho, significa amor a los niños, este amor puede abarcar desde la idealización hasta la consumación del acto sexual a causa de ese amor (no de una perversión sádica, es decir, de consumo, de uso para beneficio económico o político) y revela una forma de sexualidad de la que nada queremos saber. Precisemos que un pedófilo no necesariamente es un perverso. Dentro del marco de las estructuras clínicas psicoanalíticas, un pedófilo puede articularse desde una estructura neurótica como también psicótica o perversa. El acto puede ser el mismo pero las razones que lo llevan a ello se articulan a una trama subjetiva diversa. La atracción del adulto hacia el niño puede deberse a múltiples razones: la búsqueda de un goce supremo como sería matar o, bien, puede articularse a la búsqueda de castigo por una culpa inconsciente, asimismo, por el interés de alcanzar la completud y la dificultad para asumir la falta simbólica. Como Humbert, el sujeto puede encontrarse tras la búsqueda de un

objeto amado e irremediabilmente perdido, un amor infantil frustrado a pesar de ser consciente de estar transgrediendo, a pesar suyo, la ley del incesto. Una vez que los obstáculos para acceder a Lolita son, por fortuna para Humbert, vencidos, decide hacer triunfar su deseo por ella por encima y a pesar de todo. Jacques Lacan, en un breve comentario sobre esta obra en el *Seminario VI, El deseo y su interpretación* (1958-59), hizo el ejercicio de comparar a Humbert Humbert con Clare Quilty, personaje oscuro, también pedófilo, que aparece en la novela despojando a Humbert de su querida nínfula. Dicho contraste permite ver justamente a dos personajes cuyas motivaciones se encuentran en caminos muy diferentes. Aunque ambos seducen a Lolita, Humbert se muestra más de lado de la neurosis en la medida en que su relación con la falta, con la condición de imposibilidad que asume frente a su deseo se hace patente, mientras que el segundo se comporta más como un sujeto perverso que hace uso de Lolita como un objeto de goce para ser luego desechado.

S. André permite adentrarnos en la trama de los ninfulómanos que se encuentran atrapados en las redes de estas niñas hechiceras, dice: “para el pedófilo es capital demostrar que el niño está sumergido en una especie de sexualidad natural bienaventurada opuesta a la sexualidad restringida, reprimida y deformada de los adultos, y que la expresión espontánea de esta sexualidad natural es el deseo de gozar” (1999:13).

Al pedófilo no le interesa violentar al niño, al contrario, busca su consentimiento. Ello se vuelve imperativo, pues eso le permite confirmar que la única ley es la del deseo. Para el pedófilo son los padres quienes ejercen una violencia en el hijo por forzarlo a reprimir su sexualidad. “El perverso pedófilo sostiene que los padres —y, en primer lugar, el padre— abusan de sus hijos y les violentan robándole su sexualidad, impidiéndoles hacer el amor y obligándoles a no ser más que *voyeurs* del erotismo parental” (André, 1999:13).

Si no se trata de agredir ni de violentar, si el pedófilo teme el momento en el que el niño se convierta en adolescente, cabe entonces preguntarse qué se juega en su interés por los pequeños. Un rasgo propio del niño es no haber desarrollado aún los caracteres sexuales

ni primarios ni secundarios. El cuerpo del niño, en ese sentido, es aparentemente asexuado o sexuado de manera indefinida. ¿Qué mejor objeto de goce que el que encarna de esa forma el desmentido de la castración? Un objeto que muestra la completud —imaginaria— de una manera más equívoca que lo que un adulto puede ofrecer. Ése es el *paraíso* que el niño encarna para el adulto.

El niño elegido por el pedófilo es el tercer sexo. O más exactamente es el sexo que une, confundiéndonos, los polos opuestos de la diferencia sexual. Esto es por lo que la atracción que experimenta el pedófilo puede cristalizarse tanto sobre un rasgo de feminidad exquisita que aparece en un joven muchacho como sobre la travesura de una chiquilla (André, 1999:14).

Por eso, insistimos, en algún momento Humbert Humbert lamenta cuando encuentra de nuevo a su amada Lolita hecha una mujer, embarazada y unida a otro hombre. La pierde doblemente, porque ella no está dispuesta a regresar con él, pero también porque ha dejado ese estado de perfección y ahora no es más que una “ninfa caída”:

Y ahí estaba mi Lo, con su belleza marchita, sus manos adultas y llenas de gruesas venas, sus brazos blancos con la carne de gallina, sus orejas lisas, sus axilas descuidadas. Allí estaba mi Lolita, definitivamente ajada a los diecisiete años, con aquella criatura que ya soñaba en su vientre con tener éxito en la vida, hacer mucho dinero y retirarse hacia el 2020 después de Cristo (Nabokov, 2016:342).

Después de que Lolita abandona a Humbert al huir con Quilty, aquél no vuelve a ser el mismo. La llama de la pasión que lo enloquecía se transformó en el deseo de dar muerte al hombre que lo separó de Lolita. Humbert nunca más se recuperó de esa pérdida, aunque Lolita jamás dejó de tener un lugar en su deseo:

Te quería. Era un monstruo pentápodo, pero te quería. Era despreciable, y brutal, y lascivo, y cuanto pueda imaginarse, mais je t’aimais, je

‘*à jamais!* Y había momentos en que sabía todo cuanto sentías, y saberlo era un infierno, pequeña mía. La niña Lolita, convertida en la corajuda Dolly Schiller” (Nabokov, 2016:350).

En este tipo de pasajes vemos un sujeto muy alejado del tipo perverso sádico que sólo busca gozar, que utiliza al *partenaire* como objeto de uso para su completa satisfacción sin importarle conservar al otro o construir más proyectos que el goce que puede aportar.

El funcionamiento de la estructura inconsciente para todo sujeto se funda en un nivel donde el *fantasma* ocupa un lugar central. Recordemos que el fantasma es una noción psicoanalítica a partir de la cual se puede considerar una condición con la cual el sujeto se vincula con los otros y con el mundo. Reducir ese vínculo a una condición consciente y racional, puramente intelectual, impide comprender la complejidad del ser humano e ignorar el plano inconsciente en el que permanentemente se desenvuelve. Decimos que el fantasma es siempre perverso porque justamente desde ese *otro* escenario —recordemos que una de las metáforas de las que se sirvió Freud para referirse a la dimensión inconsciente fue *la otra escena*— desde esa otra escena, el sujeto puede hacer como si el deseo fuera realizable, desde ahí se despliega un mundo que se infiltra en nuestros actos, en nuestras palabras y desde el cual la dimensión del goce prevalece por encima de la condición de la falta y se muestra muchas veces sin percatarnos de lo que estamos haciendo o diciendo en realidad. En virtud de que el fantasma es una realidad consustancial al ser humano, poco diferencia al neurótico de aquellos perversos que quisiéramos separar por el muro de los diagnósticos psiquiátricos. Ese muro en realidad Freud lo revirtió diciendo que la neurosis es el negativo de la perversión, lo cual no sólo significa que el fantasma del neurótico es perverso, sino que el perverso puede también vincularse a la ley social que rige a todos. El perverso se encuentra en una relación con la ley, la necesita para poder impugnarla, cuestionarla y mostrar sus fallas. Aunque la neurosis y la perversión son estructuras distintas orientadas por un modo de defensa frente a la castración diferente, sea la represión en el primer caso o bien, la desmentida para el segun-

do, en el fantasma, el tipo de goce en juego podría llamarse perverso porque se despliega en el campo de la transgresión.

La virtud del discurso perverso es reconducirnos a nuestra propia conciencia, particularmente a nuestro lugar singular y solitario de ser sujeto del inconsciente. A nuestro punto de goce ciego. El perverso interroga las paradojas del deseo y del placer: su atención lo lleva a desafiar la ley y así hacer tambalear el lugar del padre. Interroga la función de la autoridad, pone en duda su legitimidad.

Bibliografía

- André, S. (1999). “La significación de la pedofilia” [<http://users.skynet.be/polis/index.html>].
- Calasso, R. (2004). *La locura que viene de las ninfas y otros ensayos*. México: Sexto Piso.
- Clavel, A. (2017). *Territorio Lolita*. México: Alfaguara.
- Foucault, M. (1987). *Historia de la sexualidad*. México: Siglo XXI.
- Freixas, Laura (2017). “¿Qué hacemos con Lolita?”, *El País*. [https://elpais.com/cultura/2015/09/14/actualidad/1442231934_123738.htmlSi], fecha de consulta: 8 de agosto de 2018.
- Freud, S. (1905). “Tres ensayos para una teoría sexual”, en *Obras completas*, tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1908). “La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna”, en *Obras completas*, tomo IX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1916-1917). “Conferencias de introducción al psicoanálisis”, en *Obras completas*, tomo XVI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1927). “El fetichismo”, en *Obras completas*, tomo XVI. Buenos Aires: Amorrortu.
- González, M. (2007). “La censura en las traducciones de los clásicos griegos. El ejemplo de Platón y Aristófanes”, *Faventia*, vol. 29, núm. 1, pp. 77-88.
- Lacan, J. (1958-59). *El deseo y su interpretación. El Seminario. Libro VI*. Argentina: Paidós.
- Lipovetsky, G. (2003). *Metamorfosis de la cultura liberal. Ética, medios de comunicación, empresa*. Barcelona: Anagrama.

Manrique Sabogal, Winston (2015), “Lolita o el triunfo de la libertad y la belleza”, *El País*, 15 de septiembre [https://elpais.com/cultura/2015/09/14/actualidad/1442231934_123738.htmlSi], fecha de consulta: 8 de agosto de 2018.

Masotta, O. (1996). *Lecciones de introducción al psicoanálisis*. España: Gedisa

Melman, C. (2002). *L'homme sans gravité*. París: Denoël.

Nabokov, V. (2016). *Lolita*. Barcelona: Anagrama.

Santiago, P. (2004). *Alicia en el lado oscuro. La pedofilia desde la antigua Grecia hasta la era de internet*. Madrid: Imagin Ediciones.

Recibido: 24 de abril de 2018

Aprobado: 11 de julio de 2018